

del espectáculo único de aquella amanecida de Viernes Santo, murmuran las eternas palabras del padrenuestro...

Pero no todo, en la Semana Santa granadina, es noche, aunque todo es recogimiento, oración y piedad en este inmenso templo de Granada que hace de cada casa una capilla y un altar de cada corazón.

ANTE EL CRISTO DE LOS FAVORES

Venid conmigo, a las tres de la tarde del viernes, a la vasta explanada del Campo del Príncipe. Venid también vosotros, porque, si es que en Granada os quedáis, la encontraréis deshabitada y muda. Una montaña colosal de rosas y claveles, de azucenas y mirtos, ha ido depositando el fervor anónimo del pueblo a los pies de la imagen de piedra del Santísimo Cristo de los Favores, hacia el que asciende, en anhelo de amor, la forja retorcida de los viejos faroles de hierro. Una incontable multitud —cuarenta, cincuenta, sesenta mil personas... ¿qué más da?— se va adensando poco a poco en la plaza, con un silencio místico que sobrecoge y estremece. Son las tres de la tarde, la hora misma en que, en el Gólgota, todo fué consumado. Dijérase que, al temblor de las luces de aceite, la piedra del Cristo cobra movimiento y se agita en la Cruz con las angustias de la agonía. De pronto, de un campanario próximo caen, lentas, macizas, graves y sonoras, las tres campanadas. Hay en la muchedumbre y en medio del silencio impresionante, como un flujo y reflujo de marea: las rodillas se doblan sobre el suelo desnudo, las cabezas se inclinan como espigas movidas por el viento y los labios se agitan en el rezo de los tres credos que piden tres favores. Luego, aquella multitud estremecida —cuarenta, cincuenta, sesenta mil personas... ¿qué más da?— va dejando lentamente la plaza, sin romper el silencio ni quebrar la emoción. En aquella indescriptible escena, toda fervor piadoso, está lo más característico de la Semana Santa granadina, tal vez porque está en ella la auténtica Granada, su manera de ser y de sentir: la fe reconcentrada y silenciosa, la predisposición de penitencia, un ansia pura de aislamiento en la emoción individual para sentirse más cercano de Dios cuando el Hijo de Dios, traspasado en la Cruz o muerto en el regazo de Nuestra Madre de las Angustias, consuma por amor de los hombres el más definitivo de los sacrificios.